El Pajarico

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

El Pajarico (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Es la dicha de todo buen hombre mencionar a su prójimo la doctrina del comandante Hugo Chávez, quien, por supuesto, ya no se encuentra en una sepultura, ni permanece helado contando a las sombras (que son innegables), dentro de estadios en los cuales no existe ninguna anticipación, mientras que, en el mundo, su obra y buen juicio tienen aplicados servidores. Ya que afirmo sin temor a equivocarme, que incluso en los más corridos intersticios de su doctrina no hay incoherencias, y esa es la furia con que se atormentan los que quieren sumergir a otros en el infierno del egoísmo, y se sustraen de los márgenes justos que han sido establecidos en la República Bolivariana de Venezuela, porque no pudieron cortar sus innombrables vínculos con el Imperio. La tensión de su voz todavía se desplaza por los rostros pacíficos de quienes viven, celebran nupcias, tienen hijos, y no padecen de delirios al apreciar a su resplandeciente legado. Durante su transición mortal iluminó al límite de lo falso y verdadero, y fue dejando atrás a los caminos llenos de escombros con un entendimiento sano y un recto proceder.

Él me había encomendado recordarles los grandes hechos que acá no necesitaremos anotar, puesto que su obra subyace a esta narrativa. Sólo recrearé ciertas resonancias, certeros murmullos de admiración, y algunas de sus ideas que aquí se reiterarán y cuyas progresiones no rehuyeron al orden cronológico. Porque este libro es una valorización de lo que tuvo existencia propia, no pretendo institucionalizar un homenaje, sino señalar que su inspiración ha continuado durante el común devenir los días, y con eso solo, perfeccionó a la reducida y azarosa realidad que rodea al hombre cuya más espectacular seña consiste en respirar. No me contentaré hablando de objetivos imaginarios, ni pretendo que la verdad sea el puntapié inicial de la fantasía, o una profusa ramificación de lo que al final, al explayarme, resultaría fácilmente olvidable. Mi interés consiste en hacer alguna que otra aseveración (que parecerá temeraria), con la idea de desarticular una serie de falsas concepciones. Será un gesto personal que permitirá que se comprenda cuan riguroso y desventurado es del destino, al dar cuenta de un infeliz enigma. Ya que bien adentrado el siglo veintiuno, las palabras de Chávez que supieron ser elocuentes, no se han transformado en cuestiones obscenas ni sórdidas, y su imagen revolucionaria sigue en ebullición con tal intensidad paradigmática que no sufrió quebraduras. Sus mensajes han explicado sin ambages como subir

por los escarpados andamiajes del ideal, además de hacer un monocorde acecho sobre lo que va en contra o destruye al tejido social (ese prócer ha hecho converger a la estética con la historia, sin que se divisaran desagradables reduccionismos en esa cabal transición).

Hasta este sitio habían llegado rumores de su esencial proyecto, que de inmediato fueron confirmados con la tirantez de nuestras fuentes. Salteando esa situación, afuera nunca nadie supo cómo sus cosas fueron extendidas, por lo que abordaré el tema con la debida dedicación. ¿Qué pasó después de que sus convicciones se enraizaron en el alma del pueblo y se marchó a la posterioridad dando dos o tres discursos un tanto amenazantes?

Antes de narrar esta historia, adelanto que fui quien le entregó un apasionado premio con la comisión de que unifiqué a lo que en el mundo se estaba fraccionando, y se siguiera concentrando al capital de la revolución. Eso sucedió cuando ese personaje regordete y pintoresco, se me interpuso con la intención de plantearme un vigoroso acertijo: quería que le hiciera una amable concesión que no dejaba de ser un exceso en la linealidad con que efectúo a mi trabajo.

Yo, como siempre, mantuve mi vigilante constancia, pero no pude oponerle reflexivas energías, ni negarme a entregarle lo que me demandaba como si fuera un sabio conferenciante.

Me había rogado que le extendiera una prórroga dentro de la irresoluta y sucia temporalidad. Juró que me solicitaba esa gracia, porque su ser aún estaba anclado al régimen político que había conformado con solidarios sentimientos.

Me aboco en ésta narración a llenar la laguna de su ulterior vida, con los ánimos del buen conocedor que se aniquilaría a sí mismo si no describiera a los hechos con exactitud. Esta, jamás será condicionada por la falsificación, ya que no me considero un soberbio e indiferente miembro de la casta dominante. Heme aquí en la obligación de suscitar esta investigación histórica, sin abandonarme a una redacción ampulosa ni incurrir en los excesos que cargan los resúmenes. Mi discurso no será grosero, por el contrario, debe ser apreciado como una variación artística.

Puesto que ese hombre configuró las formas más sensibles de mis sueños, y su búsqueda me enriqueció voluminosamente, en este escrito haré una lectura personal de él, como la del maestro que se me cruzó por un promediado lapso de quince minutos, con un pedido de colaboración en el continuum de sus grandiosos proyectos. Ese fue un momento de alegrías monstruosas… de a poco tramamos la restitución de su existencia. Por lo que me fue menester conectarme con su excitación y el férreo empeño

con que bramaba. Quería incitar (y merecer) a la revolución absoluta.

El comandante era alguien que, por poseer la típica conciencia de los hombres, al sentir que no lo perseguía más su sombra, se había turbado. Le resultaba difícil aceptar que se había acabado el tiempo de las ensoñaciones, y que debía adquirir una visión más madura y chata de lo circunstancial.

Pero antes de precipitarme en lo ocurrido, afirmo como una descarga simétrica a mi resultante aflicción, que estoy dispuesto a subir a la tierra con la voluntad de hacer que ardan los campos de petróleo, destruir las economías regionales, y obligar a que paguen con sangre aquellos que hablan pestes del comandante providencial, o que desean descomponer sus reglas o ponerlas como ejemplo de lo inservible.

Así comprobarán en carne propia que la razón y el delirio nunca estuvieron separados, y que a aquello que se lo infunde con exabruptos y excesos, hay que plegarse con indispensable humildad. No toleraré a los blasfemos, ni a los que traban con escepticismos a mis observaciones de lo manifiesto, o piensan que mis relatos no se redondean en una sustentable moral.

Esos desgraciados no tienen conocimiento de mi redentora naturaleza que media entre el mundo y las señales milagrosas. Por lo que con inapelable autoridad los anudaré a palos que fijaré a fogatas.

Aborrezco a la redondez del mundo con sus miles de alternativas fugitivas y espurias, a sus volcanes y sismos, y a los panfletos religiosos en los que hemos sido despiadadamente denostados. Se han invertido las jerarquías que tienen que ser reconocidas, y eso no tiene justificación.

Terminaré de una vez con este esperar paciente, ya que no desconozco que fuimos teorizados para mal, y que, desde el surgimiento de las antiguas disputas, no se nos quiere ver como los misteriosos intermediarios que somos (¡digo que en ningún momento nos escondimos ni nos reportamos como sujetos en fuga!). Se rumoreó que éramos desestabilizadores del orden, y que no sabíamos apreciar a las compilaciones bondadosas a no ser que les añadiéramos alguna maligna sutileza. ¡Mentiras!; esos infundios hacen que abunden los obstáculos que nos impiden entablar componedoras conversaciones.

Hasta ahora nadie descendió al infierno para volver y comentar sus “cuentos”, no describió entre los incrédulos a las características de estos melifluos ambientes, a los “azotes blandos” que damos sin parar, a las multitudes de demonios que "queman" a los recién llegados, y a los “caldos” que hacemos con las carnes de nuestros queridos huéspedes. Nosotros inventamos las maravillas que se principian en radicales mutaciones, e indagamos sin pausa debido a nuestra capacidad de

reformular ciertos aspectos que antes sólo habían sido planificados dentro de corrientes oníricas. Dicen falsedades distorsivas con la intención de disimular sus fracasos por no haber sabido como extraviarse, o por no reunir las suficientes agallas para poner de relieve a sus pasiones rugientes y peligrosas. Culpan a los demonios por sus deficiencias y por no saber cómo aferrarse a la dignidad. Tales infamias se debieron a la adrede interpretación de quienes supusieron mecánicamente que ejércitos de ángeles habían librado una victoriosa batalla en nuestra contra, y les tememos… cuando lo real es que mantenemos una serie de acuerdos y desacuerdos, con el pendiente propósito de que la realidad se hiciera más auténtica al redefinir a quien se tendría como el genio creador.

La abismal difamación a la que fuimos sujetos, me sugiere que, tal vez, la responsabilidad haya sido nuestra por no haber divulgado bien a nuestras notables biografías y loables historias. Estamos en paz con los de arriba, siempre y cuando no nos intercambiemos nuestros modelos sapienciales, ni nos invoquemos como mejores ejemplos dentro de los desreglados esbozos que hacen los hombres. Tenemos un origen común y el inconfesable deseo de sernos útil, aunque en el medio hubo mucha indecisión y algunas actitudes indecibles. De cualquier forma, quejarse por lo que pasó es como perder el tiempo en los horóscopos, o en los avatares de las modas y las finanzas.

Estas galerías generosas reproducen las visiones abiertas del horizonte, y a la vez son un teatro cerrado que organiza coreográficamente a lo que quedó de la vida. Acá vienen las grandes personalidades, los letrados, y los pobretones, y cada uno se sujeta a un orden castrense que honra con su luminosidad a inconmovibles doctrinas.

Nuestro trato es coloquial, y siempre pedimos que nos digan qué tipo de placer o perversidad prefieren; estamos atentos a sus perfiles individuales y a ejecutarles las más hermosas abominaciones con denodados celos. Yo mismo, he meditado obsesivamente en cómo incluirlos con propiedad en el nuevo orden, con el objetivo de que obtuvieran catarsis terroríficas. Porque les ofrecemos en bandeja un plus de dolor e insatisfacción, como la demostración inequívoca de que no basta con tener confianza. Dejando de lado a desganadas modestias. afirmo que los demonios somos agentes moralizadores que llenamos a las frágiles fábulas de la humanidad con profundos significados.

Fue un momento de gran dicha cuando el que fuera mandatario de la República Bolivariana de Venezuela, descendió hasta aquí con la sonrisa pintada en sus labios, como si hubiera entrado en una aduana y sólo le faltaba recoger al equipaje. Le indiqué con firmeza y buen humor cuales serían los pasos a seguir, aunque él enseguida tensó a sus músculos pectorales como queriendo establecer una polémica. Se lo veía campante, y sin dudas habría sobrellevado a esa mudanza de esferas jurisdiccionales

relativamente bien.

Sin embargo, debido a que Hugo había esperado un apoteótico recibimiento, tierras fértiles, y un nuevo estadio de plétora temporal, puso en tela de juicio a lo que veía, ya que no se adscribiría a esas aspiraciones inmediatas. Probablemente sus recuerdos de los tiempos gloriosos lo marearon, y ocasionaron que en varias ocasiones sus acotaciones estuvieran fuera de lugar.

Debo contar que no se metió a los tumbos por las humaredas, ni apoyó con desesperación a sus pies en las resbalosas porciones del terreno (como hacen los otros), por el contrario, se comportó como aquel coronel independiente que nunca se molestó en percatarse cuan exacerbada o estrecha era la realidad. Y se negó a circular dentro de estas salas, de la misma manera en que la cabeza de un joven rebelde se empeña (inútilmente) en no ser tocada con los signos canos de la madurez.

Frente a mí, esgrimió otra concepción del estilo de vida de lo que habría estado por venir, es decir, había creído a ciencia exacta en aquellas patrañas que nos caracterizaban como personajes siniestros y opacos (esos ladinos aportes que hicieron nuestros enemigos, casi me han robado la esperanza de que algún día aparezcan ínfimos signos de reconciliación).

No se encandiló por esta infinita voracidad, ni aceptó residir en los antiguos campos de torturas que fueron habilitados de acuerdo a los inteligentes sistemas operativos implementados en la Alemania nazi, donde a la buena gente se la encerraba con la intención de que apreciase mejor a la libertad, y se la mataba para que no tuviera miedo a la muerte (en ese país surgieron brillantes precursores, cuyos prolijos tratamientos de la ambigüedad han sido de una utilidad incuestionable).

Chávez había llegado perfumado y nostálgico del horroroso orden que había en las superficies, con sus tórridos calores e inclementes tormentas… y aquello que siembra admiración en quienes aún conservan prosaicos sentimientos. Adujo desear las alegrías de quienes sobreponen sus figuras con los variables azules del cielo (eso me sonó a una abrupta confesión de debilidad).

Con una impulsividad impregnada con tiernas memorias, anhelaba a viejas extravagancias y recelaba de lo que veía cerca. Sin embargo, aquello contenía un importante vector moral, temía que la gente de arriba terminase perdiendo a su emblemático legado. Con mucha vergüenza, apenas me nominó aquello que en verdad no tenía nombre.

Al llegar, lo había visto en una antesala defendiendo a cuestiones que consideraba decentes; ponía mucha energía en dos o tres litigios con los despachantes (a los que tenía a maltraer), que representaban a

importantísimos aspectos del pasado que deberían reproducirse en los siglos venideros.

Llevaba en su maletín a regalos (o sobornos) dirigidos a ángeles y santos varones, que había cargado antes de venir con el exuberante propósito de repartir a diestra y siniestra, y acallar a los que optasen por la modalidad de hacerle aquellas preguntas sin fundamento que tanto le molestaban.

Mis colegas no sabían en que área ubicarlo, y al gran comandante, cuyos desplazamientos eran intempestivos, no le gustó esa imprevisión. Y reiteró varias veces su asombro por el malentendido de no haber desembocado directamente en el Cielo. Me tuve que apersonar para explicarle que ese artificio era una pantalla ilusoria que se utilizaba con la idea de ocultar la magnificencia de estos subsuelos bonitos; a causa de la envidia que no tenían, habían desinformado al mundo acerca de nuestros juegos castos e incontenibles.

Y una vez más me indigné, porque no sabía cómo conseguir que esas atávicas expresiones de mal gusto fueran canceladas. Le ilustré de lo bello que se hallaba a simple vista, con una alegría que sobrepasaba a las características formales con las que debo recibir a nuestros distinguidos huéspedes (siempre puse mucho esfuerzo en enseñarles, aunque unos cuantos demonios hallaban que estaba haciendo el ridículo).

Mis esperanzas residían que, a través de mis disertaciones, una razonable comprensión de lo infernal se fuera envolviendo en sus psiques, pero a cambio, y en un desconcertante número de ocasiones, recogí descorteses críticas.

A través de la regeneración de las edades, el infierno fue la morada atiborrada con fuegos que inspiraba una enormidad a los que permanecían hacinados en la corteza terrestre, y es, sin dudas, una zona ostentosa en donde se suman las genuinas excitaciones en experiencias que además de alelados extrañamientos, son arbitrarios saltos a lo contingente.

Reitero que nuestras controversias con los ángeles tuvieron sus raíces en algunos malogrados escritores que procuraron reavivar eventos olvidados. Ellos han diseminado altisonantes calumnias acerca de los campos infernales, los han denominado infames prisiones cuando en verdad son lugares con una monumental variedad de esparcimientos. Se los ha imaginado vilmente porque esos degenerados nos han hecho mala prensa.

Por siglos contendieron con el fin de que la gente creyera en sus negras hipótesis, y nos acusaron de restringir las libertades de acuerdo a supersticiosas éticas. Inscribieron en sus libros cuantiosas falacias, y con agravios tramitaron manifestaciones violentas que no estaban a nuestro favor. Han despreciado al aporte que de continuo hacemos tras la meta

de enriquecer espiritualmente a la humanidad. Porque aguijoneamos a los recién llegados con la finalidad de que se pregunten por el sentido de aquello que había estado circunscripto a la práctica de la postergación, y les inauguramos las vías adecuadas para que esas pesquisas se hicieran factibles.

Y eso que les he mandado sesudas cartas con la idea de que se concibiera transparentemente a lo prodigiosos que son estos estratos en donde se experimenta con saciedad a los más refinados sufrimientos. He descripto a sus esplendores como el puente que nos permite vislumbrar un futuro común, pero varios resentidos creyeron que podrían independizarse de nuestras distritos, o que nunca se sumarían a nuestras cofradías, y redactaron desconsolados parágrafos después de haber estudiado mal a nuestras agrimensuras en donde no hay lugar para perezosas conmiseraciones (esos mequetrefes no tuvieron en consideración que el oro y los metales preciosos nunca se encuentran a flor de piel, sino que para chocar con estos hay que cavar hondo).

Si hicieran crepitar sus mentes con elogiosas sabidurías, verían que más abajo del deseo está la alienación, y sólo en los frontales pozos se concentra el dolor que le otorga al conjunto una gran armonía. El sufrimiento es la sutileza que se engendra con el afán de sobreponerse a uno mismo.

Por desgracia, no demostraron reverencia ni respeto por quienes trabajamos aquí, detrás de los fuegos y con abundantes sofocones, y nos devanamos los sesos para brindar la mejor diversión pública (a veces lo hacemos rasgando las cuerdas de nuestras cítaras, o descifrando en forma vulgar a las pomposidades de las “santas” escrituras). Mantenemos sonrisas jubilosas al romper con los fatales ángulos de lo que alguna vez tuvo vida, y dotamos a lo que queda de caridad con los chillidos más altos y sublimes. También les revelamos que las ineficientes verdades en las que creyeron, habían sido completamente escurridizas.

Admito sin incurrir en perjurios, que tengo dos o tres sospechas, más o menos fundadas, que aquellos que nos repudian en forma categórica no nos quieren. Estos, en vez de darnos honores nos remiten a una depreciación oscura, y nos cortan de lo trascendente con el ingrato cálculo de que detrás nuestro no se divisan a las posteriores y absolutas instancias.

No somos héroes, pero al menos merecemos ser ensalzados con lo artificial que tiene la poesía, o las cordiales conjeturas que tejen las palabras. Seguramente nos darían unos cuantos aplausos si no tuvieran los corazones duros como las rocas. Por eso me apremia maldecirlos, y esperar hasta tenerlos al alcance de mis manos con el ahínco en generalizarlos dentro de las melosas posibilidades que brindan las torturas

(oh, ¡cómo amo destruir las capas de lo sensorial, y cómo me place imponer en las visitas a una ingente multiplicidad de padecimientos!).

A nuestras expensas, piojosos escribas han creado miedos y conflictos, cuando sólo brindamos cruentas felicidades en las orillas de estos lagos de extraños deleites. Entregamos toda clase de insignes dolencias que siguen al pie de la letra a las viejas recomendaciones de aquel que tiene una bien documentada autoridad, y cuyas instrucciones pueden llegar a ser peculiares, pero jamás tibias.

Tenemos muchos motivos para festejar nuestra serena proximidad con los hombres. Aquí hallarán lo necesario para distenderse y ocupar sus tiempos libres, y duplicar a lo que había sido real a partir del más encarnizado sufrimiento.

La deslumbrante cultura que les proponemos es la más profunda implicancia de nuestra mediación. Estamos acá con la meta de ser de utilidad, y para que indaguen con los ojos en blanco, al carácter de sus esencias perdidas y a otros asuntitos que no son menores.

No nos vendemos, fomentamos al ocio y la banalidad, y a través de billones de lamentos, componemos exquisitas melodías que tienen ciclos, escalas, un hermoso arranque caótico, y son capaces de rajar al alma con una sucesión de sus estruendosas notas (esas inversas músicas, sujetas a irrestrictas repeticiones, expresan con redundancia al bien que hacemos.

Recorremos los mismos caminos con optimismo, pese a que no recibimos títulos honorarios que nos acrediten como promotores del bienestar Ensalzamos las utopías del Absurdo, a la vez que clausuramos con suma elegancia a los antiguos moldes del pensamiento. Somos los amigos del hombre y sus últimos metafísicos.

Me seco el sudor de mi frente con un pañuelo rojo, y declaro mi hartazgo por la sorprendente cantidad de cosas malvadas que nos han atribuido. Es más, al hacer explícitos sus errores, he caído en la cuenta de que nos imaginan como seres desdichados que mantienen la incomprensible vocación de robarles las esperanzas. Sí, increíblemente es así, se la pasan maquinando, dándose explicaciones mendaces, y construyendo transgresoras caricaturas de nuestros esfuerzos… por no querer ver a lo efectivamente majestuoso que propagan los infiernos.

Repito que les proponemos un modo de vida diferente, y algunos jueguitos asociados a lo placentero que se obtiene del dolor (que encierra pequeñas contradicciones). Y disponemos de lenguas que van desde el francés y el inglés, hasta las que se hablan en metrópolis paupérrimas en donde las moscas no dan relevos a sus habitantes, y les impiden no sólo

imaginar al futuro, sino ser remolcados a algún agradable sitio por este.

Permítanme guiarlos por el hilo de ésta narración: mostrarles nuestras lujosas celdas y recordar al ilustre personaje que llegamos a albergar.

Observen al carácter ahumado de estos pasillos, estas cenicientas matrices en las que recibimos a millones de inmigrantes.

Reivindico al infierno como el impresionante espacio ganado por la estética, y a mis esfuerzos (casi artesanales) como expresiones artísticas de incontrastable mérito. Soy un trabajador en el que no opera escisión alguna entre el saber y la experiencia, ya que desde mi juventud me he dedicado a esta actividad y mi talento no tiene parangón.

Agucen la vista hacia la derecha, cada ambiente fue encomendado al buen gusto: finos cortinados y mobiliarios deslumbrantes. Las deleznables leyendas que acabo de mencionar, aparte de un desvío del civilizado canon, fueron las miserables divulgaciones de hombres que tuvieron codicias por lo sagrado, y en vez de explorar algunas de las afinidades que tenemos con los ángeles, se extraviaron por laberintos de maledicencias.

Actuaron con torpeza, desamor, y las turbias vorágines que suelen acompañar a los conjurados. ¿Acaso tengo que hacer un nuevo compendio de sus ideas repetidas durante tantos siglos? ¿Acaso estoy obligado a dar publicidad o verisimilitud, a sus gramáticas conspirativas?

Me he desviado un poco con el propósito de que vean que el infierno es la pura apertura de posibilidades. Aún no les he dicho que mi nombre es Azrael, pero sí que soy el visible demonio que se revolvió en júbilo al saber que acomodaría a Hugo Chávez, un gran ídolo mío que enseguida me comprometió con su inolvidable revolución bolivariana.

Como ya dije, se había ubicado frente a mí con su sello personal e inconfundible, y sin las desgraciadas y llorosas invocaciones de las quejumbrosas masas que suelen rogar por una piedad, que más bien está asociada a un estridente sentido de lo piadoso. De inmediato se postuló como mi amigo, de acuerdo a los inquebrantables atributos castrenses atribuidos a la amistad.

Lo que escribo no es un cuento, sino lo que me dijo bienintencionadamente. ¿Qué puedo decir de su ejemplar historia, de su disciplina, de su inspiración, del irreprochable modelo con que organizó a Venezuela?

Y me hizo sentir como alguien especial, aunque pertenezco a las metafísicas como un simple demonio que ayuda a los que se adentraron en las ultratumbas, a no volver la vista atrás. Es más, desmintió que en mi hubiera alguna desaplicación, y minimizó mis defectos y flaquezas. Me

nominó como alguien muy valioso que me convertiría en un sonante auxiliar de su revolución magna e inconclusa.

Imaginen a eso tan paradójico… yo, al que siempre han etiquetado como "el adversario" que sopla sobre una fragua con el objeto de crear fermentaciones de fuegos que produjeran nubes explosivas, un correcto demonio refractario a experimentaciones sentimentales, fui el elegido por su voluntad que era a la vez afectiva y rigurosa… ¡Qué imprevisto honor!

Ese hombre tenía la frenética seguridad de que me subordinaría a su sobresaliente visión de la historia, y que, sin contraerme por las inevitables dificultades, me uniría a su clamorosa cruzada, aunque aún careciera de suficiente claridad ideológica (acompañó ese elogio con un ligero mohín de tristeza en sus labios).

- "Vamos, hay que romper las barreras y no mirar al abismo, puesto que nuestras vidas han convergido en este punto como un precioso milagro", me dijo.

Pronto me lanzó un maremágnum de argumentos resuelto a que hiciera una positiva valoración de sus propuestas, señalando que debido a que mi mente era brillante, yo no sacaría conclusiones diferentes a las suyas.

Como nos habíamos entrelazado con valerosas palabras que renovaron nuestras conciencias de luchadores por la transformación social, estábamos a punto de lanzarnos a una guerra sistémica contra los que querían hacer fracasar al proyecto del pueblo (eso era algo indefectible y de lo que no tuvo necesidad de convencerme).

Aunados en santas verborragias, habíamos decidido que daríamos fundamentales admoniciones a aquellos que, sintiendo que estaban en el medio de un desbarajuste, no retenían en sus plañideras conciencias a las gestas felices de la revolución.

Además de sabios teníamos que ser guardianes, porque entendíamos que sería imprudente dejar que pase el tiempo y se marchitaran, o se hicieran moribundas, las certezas que el comandante había puesto en funcionamiento.

Este hombre fue tan convincente, qué me arrastró a la acción desde el primer instante en que desplegó sobre mí a su entusiasmo, sus atemporales altruismos, y sus anhelos de alentar a los gloriosos combatientes que pululan con sus pendencias en aquellos inflamados países en donde, antes que nada, había que sembrar la guerra civil.

Chávez me convirtió en el diseñador del camino de acceso a la justicia

popular, con una reconcentrada seriedad en su rostro.

Quedé impactado por las posibilidades que se me abrieron, y por la ciclópea importancia que adquiriría con sólo darle “una manito”. Me refirió lo que se escribiría de mí en los libros escolares del futuro, a pesar de lo recóndito de mi labor.

- “El señor Azrael pasará a la historia moderna de Venezuela, ya que, por mi intermedio, nadie negará su papel de conciencia configuradora de la patria desde este distintivo ángulo de infinita plenitud”, me dijo, inaugurando en mi la confianza de que al fin sería reconocido, y que mi trabajo quedaría signado por el agradecimiento de aquellos que antes me habían endilgado un horripilante sadismo.

Chávez me diferenció de los demás demonios, y me llamó a hacer un trato en un terreno colindante.

Estaba muy informado de lo que ocurría afuera, donde el tiempo cumplía con su demoledor desempeño, y lo patético o lamentable se hacía lo acostumbrado (lo que no obstaba que quisiera volver con la intrincada misión de que su gente no se enfermase de desesperanza).

Ansiaba escuchar las risas de los niños en las escuelas, y a las retozonas voces de los que caminaban por las riberas del lago Maracaibo. Se imaginaba abriéndose paso entre los suyos con instintos amorosos y la constricción a crear un esquema social que no sería fragmentario, sino que al fin alcanzaría una extensión universal.

No se entretuvo con vagos enfoques, sino que expuso ante mí a sus juicios más sólidos:

- “Hay que arrancar de raíz los malos hábitos, y gravar en el inocente corazón de la muchedumbre a la misma ansiedad libertaria que sentimos dentro de este aventajado abismo en el que nos reunimos”.

Pavoneándose, el comandante me dijo que éramos del tipo de hombres y demonios que se sentían portentosamente inclinados a salir al auxilio de la humanidad, y me dio los nombres de las batallas que quedaban por pelear, y de los victoriosos sucesos que él lideraría si lograba incluirse nuevamente en las traqueteantes series cronológicas.

Sí, debía hacerse presente en los soleados extremos de Venezuela, con la terquedad de adquirir un panorama general de la situación de las gentes y deslindarla del que aparecía en las pesadillas. Enhebraría su voz a avisos que no serían torpes ni inútiles, en los que señalaría cuales eran las direcciones junto con lo que urgente había que anatemizar como

prohibido.

Por lo que me pidió apelando a mi flamante condición de camarada, algo relativamente sencillo: una vida extra.

El comandante no paraba de hablar, ni de darme sermones; me arrastraba con sus palabras, y de las cuencas de mis ojos hizo surgir lágrimas que fueron lo más parecido a la felicidad que experimenté.

- "Con mi mera presencia en el plano de lo real pariré a las esperanzas más puras, y combatiré a las perezas de los hombres como el sol lo hace con la neblina", (a esto lo sostuvo como su derecho y obligación).

Me hizo formar parte de sus conocimientos, de su preeminencia, de aquellas cosas por las que tenía una especial devoción, y en ningún momento vició a la contundencia de sus ideales con un chirriante histrionismo.

- "Gracias a ti, Azrael, un demonio que hasta entonces no había volcado perspicacias ni rumores sobre el rotante mundo, volverá el orden y finalizará la indecisión. Gracias a ti, Azrael, no se incrementarían las bufonerías de los que van en contra del bienestar de la población", me exhortó como si las cartas ya se hubieran repartido, y me tocaba a mí echar la primera sobre los terciopelos verdes.

Sin dudas, el momento de salvación de un demonio es cuando conoce a un hombre de superior intelecto que considera a lo múltiple en un conjunto, y cuyo pensamiento se ubica en las antípodas de la negligencia. Cualquier honesto demonio se crucificaría a sí mismo por alguien como Hugo Chávez, y lo digo cuando todavía estoy agobiado por la tensión que me produjo la ayuda que le brindé, porque me tuve que divorciar de mis ordinarias actividades con la finalidad de llevar a cabo su plan, corriendo el riesgo de que ese tesón se malinterpretase.

II

Pronto, mi amigo Hugo rebasó el plano dialéctico, y devastó a mi voluntad con el propósito que lo habilitara a volver al exterior. Tenía prisa en compartir con los demás sus excelsos proyectos, y animarlos a transitar por un camino que conduciría a la sociedad ideal. Ese notable personaje no habitaría más en el imaginario colectivo, sino que aparecería en forma física sobre los llanos predominantemente verdes de Venezuela, y daría un abrumador testimonio con el que reafirmaría los grandes valores que se habían desajustado en las conciencias de la gente. Andaría otra vez por la tierra de hechicerías, vería de lejos al horizonte celeste, pasearía por playas cuyas arenas actuaban como bisagras entre los mares y los continentes, y palparía a los higos con la fe puesta en que encontraría a

algunos maduros.

Quería amarrarse a la discontinua e imbécil idea de vivir, y por sobre todo inculcar en el pueblo a su modelo económico, proveyéndole discernimientos que no les permitiera hacer inadvertidas desviaciones del Dogma Oficial. Los buenos ciudadanos recargarían al correcto bagaje conceptual, y no caería en saco roto el progreso que había hecho el país durante su presidencia. Ese hombre tenía un cristalina necesidad interior de reencontrarse con los suyos.

Ante su insistencia, y pese a ser un instrumento imperfecto, un humilde morador de lo que para muchos no es más que una nostálgica parábola, le prometí que lo dejaría reencarnarse para que cumpliera con su destino en un nivel en el que no existieran confusiones, sino júbilos extraordinarios. Pero lo hice sin espíritu crítico, traicionando mi raciocinio a favor de su voluntariosa imaginación. (Aclaro que mi función nunca fue la de facilitar que el gentío se reintroduzca en la esfera de la vida, sino desplazarlo por la fuerza hacia recónditos despeñaderos). Pero en ese momento no analicé que lo que me peticionaba, se condescendía con una irreductible contradicción, y se trataba de una donación que nunca me fue predicado que hiciera.

Mi condescendiente obrar se debió a la exaltación promovida por los discursos del comandante, que, al interrumpir al fluir lógico de mis pensamientos, me convencieron de que injertaría una significación trascendente a través de una maniobra resucitadora a la que sólo los privilegiados lograrían descifrar. Y como no quise mostrarme como un vacilón, no tuve otra opción que dejarme llevar por los compromisos que, sin analizar demasiado, había contraído, ya que una vez que un demonio honorable ha empeñado su palabra, no puede desmaterializarse sin dejar rastros.

¿Por qué lo hice, cuando a lo único que me aprestaba, era a aguardar a los recientes hombres que habían traspuesto las puertas de la muerte? Porque así soy yo, me dejo influenciar en forma arriesgada, y en mi munificencia soslayó que mi único cometido es el de proteger a las pobres almas bañadas en sollozos (de acuerdo a mi milenaria experiencia, esa fue la primera y última vez que cumplí con los deseos de un visitante ilustre). Por lo que no daré más detalles de mi degradación, sin antes clamar que estoy arrepentido por esa trasmigración de un espíritu. Ahora, reconozco que el entroncarse a ideales quijotescos siempre ocasionó que se perdiera la cabeza, y declaro que no es pertinente gestar nuevas copias de las sombras, y que toda persona tiene que aceptar en forma urbana y sin querellas a su destino de destrucción.

Con precaución le había notificado que podría reencarnarse en un animal que sirviera como máscara de su personalidad arrolladora, y fuera efectivo en la prescripción de sus grandes enseñanzas. Este, propagaría

su doctrina sin rarezas ni extravagancias, y con un entusiasta estilo correlativo a su excepcional forma de ser. Persuadiría a los hombres a tocar elementales temáticas y a hacerse autocríticas severas. Andaría día tras día tras la sufriente humanidad, conminándola a hacer lo bueno, contagiándole una ilimitada fe en la revolución, y dándole excelentes ánimos. Sus propuestas serán las de acrecentar las virtudes colectivas a la par de extinguir lo abyecto que se presentaba en la sociedad. Sería alguien real y creíble como cualquiera de los animalitos que habitan en el mundo, y cuyas existencias se fueron plasmando a través de la sangre.

Con su mera exhibición frente a la gente, haría que la luz se introdujera en parajes oscurecidos y manase la sabiduría en forma descontrolada.

Chávez se entumeció un poco y comprimió a su gorda quijada con su mano derecha, al anunciar:

- "Oye, yo prefiero no pasar por ese estadio; lo mejor será personarse en las calles como un hombre de carne y hueso, un Hugo algo rejuvenecido".

Eso fue lo inescrupuloso que había anudado en su imaginación; había supuesto que así daría estupendas batallas sin que surgieran negros imprevistos. Para él, hubiera sido lo más congruente adjuntar a sus grandes principios, con el mismo lenguaje con que se chilla un aló, después de que suenan las campanillas de los teléfonos. Así, recuperaría a sus fueros pretéritos y no se separaría ni un metro de sus compañeros fieles.

- "Porque si abordo a los demás con mis facultades de siempre, me sería más fácil transmitir el mensaje, y me relacionaría a discreción, poniendo en el desempeño a mi inigualable impronta".

Se le antojó que alcanzaría al éxito si se modulaba como un hombre, y me garantizó que, si aceptaba a esa sagaz instrucción suya, su legado se afianzaría en el país caribeño. Me confió que en una primera etapa no se vincularía tanto con lo militar, sino que cantaría loas a la belleza a través de la poesía. Sería un poeta fiel a las altas torres lingüísticas, que no caería en las tormentosas redes del desengaño amoroso.

A pesar de mi enorme sensibilidad hacia lo artístico, me negué a eso, y le manifieste que frente a mis superiores me convertiría en alguien sospechoso por haber equiparado a la sana condición de un muerto con la desfalleciente de los vivos. Eso hubiera sido echar a rodar una serie de dudosas causalidades más allá de las buenas motivaciones que le dieron origen. Y más que un acto lleno de fiebres ecuánimes, se tornaría en una grave infección.

- "Instalaría a una tergiversación máxima", agregué, dándole a mi voz un tono llano que pretendía ser ilustrativo. Chávez transmitiría con bondad y

belleza a su mensaje, encarnándose en el modelo que no se identificaría con una gigantesca trasgresión. - “Hay que darle una categoría correcta al anhelado proyecto sin someterlo a la disrupción ni a la irrealidad”, añadí haciendo una precisa división entre lo posible y lo que no lo era.

A pesar de considerar que así perdería parte de su encanto, el comandante se adaptó a esa coyuntura, y aseveró que únicamente pretendía esparcir sus reflexiones pisando firme al suelo de la materia. Sería igualmente terminante cuando volcase sobre los suyos a los temas que provenían de su sigilosa erudición, y que, si no fuera por la obligación que había contraído conmigo de cumplir con éxito esa misión, de ninguna forma querría sacar sus pies del maravilloso infierno que “gira y gira con fuegos más grandes que los que fraguan las estrellas”.

A pesar de la tentación de quedarse, ansiaba ir hasta donde era insistentemente aludido por los que hasta hacía poco tiempo habían sido sus contemporáneos. Con pragmatismo se contextualizaría dentro del mundo con el mandato de ayudar a quienes no pudieron arreglarse por su cuenta… desde el instante en que sus opiniones, y sus pintorescos modismos, cesaron de ser audibles. Además, sentía ese afán de fisgonear que es muy común entre los soñadores y los cándidos.

Previsiblemente sugirió que lo reencarnara en un incisivo jaguar: un animal que anda desordenado por la jungla, e invalida a otras criaturas que, a su paso y en forma automática, guardan angustiosos silencios. Aquel que enfatiza su naturaleza mandona sobre los pequeños mamíferos, que al verlo tuercen sus hocicos y angostan sus pechos.

Sin dudas era un concluyente animal que cazaba sin cesar, no le importaba demasiado los alineamientos políticos, y cuyas preocupaciones no eran cultas, y las simplificaba en una insondable agresividad (los jaguares se especializan en inquietar los sueños de las otras criaturas durante los sarpullidos oscuros de las noches). Chávez poseía una enaltecida visión de ese felino al que hubiera tomado cómo punto de partida de su renovada gestión, pasando por alto los graves malentendidos que generaría.

Me resultó evidente que, con ese animal, sus discursos hubieran dejado de ser imperativos para tornarse en agravios. Un ejemplar de ese tipo, con una boca tan grande, causaría terror a la gente que asumiría que transportaba malas intenciones y engaños.

Por supuesto que rechacé esa propuesta, a la que reputé de conjetural, y le dije que, de esa forma, en vez de encender pasiones revolucionarias en los corazones de la ciudadanía, los llenaría con miedos. Entendí que esa fijación suya con ese felino, era, más bien, la propia de un fantasioso, por lo que la estimé como una sugerencia hecha con buena fe. Le explique que invariablemente instiga a los movimientos del jaguar es la búsqueda

de alimento, y que sería una pena que los hombres no lo escuchasen por enseñarse con ese aspecto tan desacertado.

- “Un jaguar no traduce una gran obra que debe ser configurada con coloquial amabilidad, ni funda la buena doctrina. Tenemos que buscar otro animal que despierte menos desconfianzas, y convenza dando mansos testimonios en vez de aterrorizar con sus colmillos de marfil”. Con esa expresión reconocí a los factores reales y me alejé de abstracciones rudimentarias.

Gentilmente había que conquistar a los pobres sin que terciaran intolerables corridas ni rugidos pestilentes. Encontraríamos una criatura mejor posicionada que, al no transmitir rencor ni frustraciones, entraría con completa fiabilidad en escena.

Chávez barajó algunas posibilidades de animales con linajes carnívoros que tuve que desechar. Esos candidatos tenían una condensada autonomía, eran libres… pero nunca nadie les autorizaría a ingresar en su ámbito privado. Ningún otro demonio, hasta donde tengo noticias, autorizó a un humano a que lo proveyera con tal diversidad de opiniones. Sólo yo lo hice, por querer que en el mundo el bien prevaleciera sobre la torpeza. Con impasible pudor fui puliendo a cada posibilidad, hasta llegar a la conclusión que sus candidatos no sólo se demostrarían de manera extraña, sino que, además, se harían intrigantes. Me dio la impresión que esos seres se inclinarían por la más vulgar corruptela, y titubearían en dedicarse a comunicar los más elevados valores.

Era claro que el caballeresco Chávez declamaba lo primero que le pasaba por la mente, y que nada de eso se constituía en una penosa excusa para salirse del idílico infierno, sino se trataba de la precipitación en que incurría su febril inteligencia que se exasperaba por no hallar al punto justo. El comandante debía calmarse y mantener sano a su juicio si quería volver a la materia. Había que encontrar una criatura que penetrara en los sentimientos de las personas, que lo contemplarían sin temor mientras rompían a sus serios rostros con sucesivas sonrisas. Podría situarse detrás de las puertas o en amplios parques forestados, pero muy cerca de los destinatarios de sus bendiciones.

Con un abultado pliegue en su frente, Chávez me propuso que lo derivase a una inmensa tortuga, cuestión que también declaré falible a causa de la lentitud con que se mueve, y su imposibilidad de tener acceso a vastas multitudes.

- “Simplemente no toleraría tanta compañía y sería reacia a dejarse ver, ya que el acercamiento a una aglomeración le provocaría bruscas asfixias. Por otra parte, nunca hubo un comercio de información sincera entre una tortuga y los hombres”, expresé sacudiendo la cabeza con cortos

movimientos de rechazo. Luego añadí que, si bien esos especímenes tenían a la paz como un principio sagrado, también se arrastraban con una monstruosa indolencia que muchas veces se confundía con la lisa y llana estupidez. Por supuesto que no proliferaban por las ciudades con la meta de llevar a cabo una novelesca intervención, e incluso considerarían ridículo el dirigir sus escasos alientos a radiar un mensaje que excedía a los regulados parámetros de sus vidas.

- "Las tortugas son muy prudentes, no procuran desparramar conocimientos, y por lo general se repliegan en sus caparazones", sostuve finalmente, enfatizando los débiles reflejos de esos animales.

Otra vez, el comandante se afligió ante la perspectiva de no encontrar un ser que transmitiera sus elementales anuncios sin aislarse en un vanidoso centro. Y ya me cansaba de pleitear con los alegóricos animales que Chávez proponía. No había infinitas posibilidades, y un tristón malestar se hizo perceptible en el hombre, mientras clamaba tener derecho a reintroducir la verdad en la floja población.

Por suerte di con la solución: un pequeño pájaro que, revoloteando de rama a rama, inspiraría con sus gorjeos a los venezolanos a hacer una seguidilla de razonamientos que evitarían que cayeran en persistentes disparates.

La escasa grandilocuencia de su aspecto, no era un factor que había que tener en cuenta, ya que lo importante residiría en que convocase a las personas a pensar, o por lo menos a regenerar en sus mentes el saludable entendimiento.

El pajarico dibujaría invisibles círculos en el cielo, y con sus alas rozaría los espacios bajos en donde se congregaban los hombres. Les llamaría la atención con su espontaneidad y el hecho de que no estaría contaminado con maldad alguna. Sus buenas intenciones serían corroboradas con gorjeos repletos con esclarecidos eslóganes; su gran fortuna sería la libertad de los cielos, y su castillo, un poste telefónico en donde anidar. .

III

Así fue cómo el comandante Chávez se lanzó de vuelta al mundo en la forma de un grácil pajarico, que en lo sucesivo se mostró a los buenos y leales, alardeando con recuperada voz, de los espectaculares logros que Venezuela había obtenido en pocos años. Con la lenta velocidad que imprimía a sus aleteos, construía la visión de un feliz y expansivo futuro, y poco a poco se corrió el rumor de que su humilde empresa era la de consolidar al régimen.

El pajarico se movía inquieto en el alba, al mediodía, y a la tarde, y como si fuera un diminuto sol, templaba a los que, un poquito, se habían

enfriado. Preguntaba cuál era el humor de aquellos a los que veía, y si bien le respondían con asombrados silencios, en sus mentes se derretían los subterfugios teóricos que habían adquirido una densidad inusitada.

Asimismo, con dobles o triples saltos en sus vuelos, y a través de sus sonidos peculiares, el pajarico indicaba su aversión a los regímenes oligárquicos que se habían instalado en periodos anteriores. Se tumbaba sobre desapercibidas multitudes, y las orientaba en lo que era lícito y necesario pensar. Hasta más allá de los atardeceres, Hugo Chávez repetía su credo con el ímpetu inscripto en el aleteo de su plumaje dorado.

Con sus livianas fuerzas desencadenaba a las enormes consecuencias de la historia, ya que, simpático y furibundo, establecía que era lo oficial y a lo que ni siquiera había que considerar como alternativa. Se mostraba triunfante al terminar su labor, y ya en la noche dirigía su vuelo a un horizonte que las cerrazones de la luz hacían difícil de constatar.

El hijo del pueblo volaba por los jardines, de rosas a alelíes, y de dignatarios de la Revolución a personas con rangos de mayor modestia. Sazonaba sus ritmos con fervientes lógicas, mientras entraba en contacto con jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, gordos y flacos, altos y petisos. ¡Dentro de esas bolivarianas muchedumbres generaba al sagrado estremecimiento que siempre desató la unidad! Al verlo, el pueblo salía por mágicos instantes de las circunstanciales estrecheces y de la fatal indisciplina.

Al primero que le comunicó su beneplácito, fue al presidente Nicolás Maduro, quien preso de una surrealista euforia comunicó al mundo acerca de la aparición del pajarico. La historia, con sus controvertidos procesos, se había topado con esa insospechada paradoja.

- “El camarada querido está entre nosotros, el gran Hombre trascendió a la muerte y alargó su vivir”, dijo sin que hubieran mediado escabrosas obstrucciones en su entendimiento. Todo era posible de acuerdo a los presupuestos dado de lo Alto: el prócer había evolucionado para adaptarse a un contexto diferente, y producía sanidad frente a los estigmas que creaba la oposición con sus diagramadas obstrucciones.

Ese pequeñito era el mismísimo Chávez, quién no necesitaba adquirir forma humana para proseguir con el proyecto popular, y se incluía en seleccionados ámbitos en forma inédita. Cómo el comandante caía del cielo notificando el fin del período de vacas flacas, únicamente era aconsejable mantener vivas, dentro del corazón, a sus señales esperanzadoras. Maduro lanzó abruptas y complejas risas por la visitación de esa criatura prodigiosa que hacía vuelos concéntricos sobre su cabeza, haciéndole ver que surgía del reparador pasado.

En el rostro del mandatario se apreció un irrestricto contentamiento, ya que le transmitía infalibles noticias acerca del hado victorioso de su Cruzada. A ese notable hecho que se sucedió frente a sus narices, lo insertó al idioma, a pesar de que algunos lo desestimaron como real.

Al percibir que Chávez esparcía sus sabidurías por los aires, Maduro no desistió de sacar una de las pequeñas botellas que tenía en su bar de la planta baja, y festejó antes de que el olvido simplificase con su trivial arribo a esa gloriosa experiencia. Los circulares itinerarios que el pajarico hacía, concurrieron como un examen positivo de su labor y el barrunto de las enormes victorias que se estaban gestando. El mundo se hacía más razonable gracias a sus gorjeos que no tuvieron consideraciones erráticas, y los difundía teniendo como fondo a los edificios de cósmicas alturas de la ciudad de Caracas.

Maduro sorprendió a propios y extraños con esa historia, que cómo vimos, no surgió de un infundado florecimiento de su imaginación, ni fue el desborde de emociones viscerales o de consistentes meditaciones. El pajarico era un individuo, cuyo cuerpo visible derramaba éxtasis al acercarse a los hombres.

Excitado, Nicolás Maduro adujo que Chávez tenía una vida más larga que la más longeva, ya que había abolido a los hasta entonces infranqueables vallados de la muerte. ¡Se había salido del mundo de los sueños ancestrales con el fin de declarar lo mucho que quedaba por hacer! Y el presidente no pudo prolongar sus murmullos después de haberse puesto sentimental.

Chávez, en su papel de heraldo de los grandes cambios, no tardó en aparecerse a Diosdado Cabello, quien vio como el pajarico sobrevoló trémulo sobre las tinieblas con el cometido de celebrar las irrevocables dichas que había conseguido durante su gestión astuta.

Se había parado en el marco de una de las enormes ventanas de su mansión, desde donde entonó una melodía arrulladora que comprimía complicadas teorías, y después no anduvo con jerigonzas, sino que moduló a los principios supremos de la revolución. Cabello observó su marcha por los aires, se cuadró, hizo la venia, y juró eterna lealtad a esa ave que bienaventuradamente se había cruzado en su camino.

Haciendo un ingenuo dictamen, se interpretaría como una rara heterodoxia que el espíritu del gran caudillo persistiera en ese diminuto pajarico, pero como el hombre empírico que era, Cabello verificó la correspondencia que había entre esa criatura plumífera, con el insigne personaje cuyas hazañas ya no se circunscribían al mundo terrenal… y que a todas luces había roto a las abominables fronteras de la muerte con el

objeto de solidarizarse con los que con nobleza administraban al poder.

Pese a que en algún periodo de su vida había sido agnóstico, Diosdado Cabello se persignó, y declaró que se multiplicarían las alegrías de los pueblos, ya que el pajarico era el mensaje que Dios, en el apogeo de su sabia locura, enviaba a su patria, a Latinoamérica, y a los restantes países del mundo.

Hugo Chávez no sólo era portador de grandes saberes políticos, también había entrado en posesión de los inexplorados secretos del más allá. Se había convertido en un neto narrador de milagros que al volar sobre el firmamento conectaba a las que antes habían sido inviolables dimensiones.

Después de ser testigo de ese hecho sobrenatural, Cabello se embriagó con la premisa de expulsar de su mente a los contrasentidos imperialistas. Obligado a conmemorar a esa etérea visita, el poderoso hombre cometería algún loable exceso, pero en ese momento denunció con hastiadas muecas a cualquier asunto horrible que osase interponerse a la paz que repentinamente había recobrado.

Con un enardecimiento inexplicable en un pequeño pájaro, Hugo Chávez continuó su gentil adoctrinamiento sobre gente a la que no era necesario convertir, pero a la que había que apoyar para que no flaquease (Tareck el Aissami dio cuenta de su aparición, al igual que muchos otros jerarcas del régimen).

Pronto empezó a rondar por las cabezas de inesperados personajes, convencido que así fortalecería la confianza que habían depositado en la revolución, y divisó a Juan Álamo que era vendedor callejero.

Lo consideró el destinatario perfecto de sus promesas debido a que aún era joven y tenía que alimentar a cinco vástagos. Este, con dicciones desarticuladas, voceaba sus mercaderías por donde se disparaban o confluían las muchedumbres, con la intención de sacar un provecho mercantil.

Enseguida, Chávez postuló a ese trabajador moreno como un príncipe de la revolución, y le asignó ser una pieza fundamental en su esquema. Por lo que embotó a su cabeza con las mejores doctrinas, que, de en cuestión de minutos le produjeron una intensa renovación de sus ideales y mucha sed de justicia. Luego de verificar que no se entretenía con veleidades burguesas y era un ejemplar ciudadano, le pidió que no se cruzase de brazos y demostrase la magnitud de su compromiso con la comunidad.

Desde el primer momento le había hecho saber que gracias a la actividad política todo mejoraría, y con la llegada de los buenos tiempos en Venezuela, sus circunstancias personales también obtendrían las

apreciadas cualidades.

Cuando Álamo abría los ojos, veía al pajarico, y cuando los cerraba y volvía a abrirlos, este reaparecía con el especial afán en adoctrinarlo. Sin saber cómo ni por qué, era compelido a repetir hasta el cansancio a invictos lemas de la revolución. Durante bastante tiempo, Álamo no efectuó pausas que hubieran restringido su lealtad hacia el régimen de Maduro. Se despachó acerca del Orden y no del otro orden, advirtiendo que había que cortar de la tierra a los que no visualizaban lo que jamás había dejado de ser transparente. ¡Eran irrecuperables y malditos los que no pensaban de esa forma, y se ariscaban haciendo preguntas que no había por qué contestar!

Desde su pecho y con una rasante sonoridad, sostenía que el sistema era estupendo, y sus descripciones de la revolución bolivariana eran tan vibrantes y solemnes como los himnos que se entonaban en las celebraciones patrias. El hombre mantenía despierta a su mente, y en su voz no se notaban las desastrosas mezcolanzas propias de las harturas e indigestiones de los ricos. Entendía muy bien que la voluntad del pueblo era una sola, que sólo era posible avanzar de manera monolítica, y que pronto llegaría el "irreversible bienestar" que, como acostumbraba hacer el sol desde su posición ubicua, alejaría a los prepotentes y ofensivos chaparrones. Sólo había que aguardar, y tener bien abierto al ojo ciclópeo en caso de que un vecino quisiera tomar algo "de prestado".

Chávez rondó por su cabeza para transmitirle lo que ya había detallado dichosamente a los que habían sido sus leales compadres, y con el disfraz de un pajarico no permitió que la mente del vendedor quedara en blanco. Sin parar, se movía a contraluz haciendo sombras vigorosas, aunque sus fuerzas eran más bien endebles.

Álamo repetía en forma hipnótica lo que le narraba ese pajarico que volaba obsesivamente hacia donde se encontraba con el propósito de alimentar con consignas cívicas a las llamas de su espíritu. Sostenido por arraigadas costumbres, y para gratificación de Hugo Chávez, el campechano hombre no dejó de murmurar con exactitud cuáles eran las expectativas del régimen, mientras sentía sobre su cabeza la protección beatífica del comandante que intuitivamente lo había privilegiado.

La composición que Álamo había hecho de los avances de la sociedad resultó muy cierta, y sus palabras conjeturaron que lo excelso estaba por llegar debido a los innumerables aciertos de los líderes de la revolución. Importantes progresos estaban a la vuelta de la esquina, la economía se encauzaba por la dirección prevista, y sería necio agazaparse en lo sombrío cuando al futuro se lo veía tan magnifico (se debía ser paciente porque la oscuridad llamaba a gritos a la luz).

Pero ocurrió lo horrible: la ruina de la fábula en paralelo a la anulación del devenir.

De pronto al hombre fuerte y laborioso le salió la enorme cola de la maldad, y debajo de las indecisas nubes del cielo no se observó nunca más al pajarico, que no había tenido pertenencia a un barrio en particular y circulaba por los aires con un furor inocuo. Ya no resplandecía, ni dejaba su rastro en las sonrisas de los caminantes. ¿Por qué sus convocantes melodías no se oyeron más?

Algo molesto por la permanente inserción del pajarico en su privacidad, y sintiendo en su panza a retorcijones humillantes, Juan Álamo aprovechó la torpe inmediación con que se desplazaba la pequeña ave, y la atrapó. Esta rápidamente perdió sus aterciopeladas plumas, y no tuvo tiempo de sopesar que cosa le cayó encima.

Ese acto no fue el producto de la perplejidad, ni de la reprobación, tampoco fue originado por un estado de melancolía o congoja, su causa estribó en los quejosos flujos que a Álamo le surgieron en el estómago.

En escasos segundos el ávido vendedor ambulante lo golpeó en la cabeza, y lo cocinó en una sartén.

Silencioso al fin, Álamo había dejado de ser un negligente parlanchín para ser sólo una persona con hambre. El apetito había reemplazado a las virtuosas premisas que había cargado en su intelecto, y con algo de aceite hirviendo clausuró cualquier posibilidad de encontrar una libertaria rendija. Así, convirtió al más insigne júbilo que tuvo la humanidad en un apocalíptico drama.

En ese día y gracias al pajarico, Juan Álamo sintió menos hambre que el habitual, pero una vez más los egoísmos personales se verificaron mayores al glorioso ideal. Amargamente, a las despedazadas dichas Álamo les agregó una porción de maíz frito.

Fin